

La revuelta de los fiscales

El Gobierno se juega el apoyo de Puigdemont para seguir en La Moncloa en esta batalla

JUAN CARLOS VILORIA
@J_VILORIA



La decisión de Pedro Sánchez de amnistiar a los imputados y condenados por los delitos cometidos durante la preparación y ejecución de la fallida república de Cataluña se ha convertido en el terreno de una batalla entre el Gobierno y los fiscales que el Ejecutivo no puede permitirse perder. Pero los fiscales tampoco. El primero se juega el imprescindible apoyo de Puigdemont que sostiene la coalición radical populista para seguir en La Moncloa. Los segundos, la carrera, en el sentido de mantener su dignidad profesional, que se apoya en dos principios: imparcialidad y autonomía.

La ley de amnistía es el remate de un rosario de decisiones del poder ejecutivo durante la etapa sanchista que han ido achiacando el campo de acción al poder judicial. Todo empezó con Lola Delgado, una ferviente socialista nombrada ministra de Justicia en 2018 y que, entre otras actuaciones, dejaría al juez Llarena a los pies de los caballos frente a los tribunales belgas. Reprobada tres veces por el Congreso, no tuvo empacho en meter presión sobre la Abogacía del Estado para que descartase delito de rebelión en el desafío 'indepe' al Estado. Año y medio después, Sánchez la nombraba fiscal general del Estado contra toda coherencia profesional y política, agudizando el malestar en la carrera. Mientras tanto, aprobaba los indultos a los condenados del 'procés' contra el criterio de los fiscales del Supremo y la Sala Segunda que dictó la sentencia. El ejecutor fue el ministro de Justicia, Juan Carlos Campo, que sin solución de continuidad pasó a ser designado magistrado del Tribunal Constitucional para escándalo de los que todavía creían que la mujer del César no solo debe ser honesta, sino parecerlo. Por el camino, el Gobierno de Sánchez difuminaba del Código Penal los delitos de sedición y malversación.

A estas alturas jueces, fiscales, magistrados salían de sus despachos para evidenciar el rechazo de las injerencias gubernamentales. El PP, espantado ante la perspectiva, se negaba a renovar el CGPJ. El resultado es un vacío de nombramientos y el consiguiente deterioro de la imagen de la Justicia. Las espadas están en todo lo alto cuando el 'procés' de la amnistía está en su tramo final. Los fiscales del Supremo han marcado el terreno apoyando la tesis de indicios de terrorismo en los delitos asociados a la independencia unilateral frente a un fiscal general declarado «no idóneo». Y ha surgido una voz crítica que se pasea por los medios desvelando los atropellos formales a la autonomía e independencia del poder judicial: el fiscal Salvador Viada. Pero Sánchez parece decidido a pasar por encima de las togas.

¿Un país de respeto?

MANUEL MONTERO

Frente al terror de ETA se impuso de forma mayoritaria la norma de mirar hacia otro lado, que se convirtió en un arte política y hubo quien la rentabilizó

En la actualidad en el País Vasco luchan dos extremos sobre la memoria del terrorismo y de la sociedad atezada por ETA. Uno tiene razones éticas: solo puede llamarsele 'extremo' por la configuración ideológica de Euskadi, donde puede considerarse que el centro de la ciudad es el batzoki de las afueras. Este sector evoca el recuerdo del terror, llamándolo así, que nadie pueda decir que no existió y dejando claro que fue una práctica ejecutable, cuya condena debe constituir un requisito mínimo para ser aceptado con normalidad en la democracia. En el otro lado, en el extremo terminal –pero considerándose parte de la centralidad vasca–, está la fascinación de la izquierda abertzale por ETA, a la que rinde homenaje y ensalza, idealizando a los responsables de los asesinatos, extorsiones y del amedrentamiento cotidiano de la sociedad. Concebían el terror como parte de una guerra, por lo que para ellos la glorificación de la violencia es la supervivencia de su bando y por tanto la expresión de su victoria.

O ETA o democracia: no ha cambiado la alternativa que se plantea desde hace décadas. Si se quiere actualizarla, cabe emplear la desafortunada expresión de Patxi López, que habla del fantasma de ETA, bien entendido que el mentado fantasma huele a muerto y puede penetrar por los intersticios morales que tiene nuestra sociedad y los que se van socavando para facilitarle la vida espectral.

Los fantasmas son los presuntos espíritus de los muertos, que quedan en la fantasía pero que juegan su papel si alguien los evoca, como Patxi López y la izquierda abertzale. El fantasma de ETA o la democracia: no hay sitio intermedio. Y, sin embargo, en el recuerdo de los años del terror falta la actitud mayoritaria de la sociedad vasca, que no fue la que se opuso activamente a ETA o la que la apoyó, aunque creíamos erróneamente que en el antagonismo de estas dos actitudes se dirimía el futuro vasco.



JOSE IBARROLA

La mayor parte de la sociedad mantuvo una actitud distante. No podría llamarse de neutralidad, pues el terror creó miedos y forzó silencios, y a la gente no le gustan los matones, aunque calle y trague. Sin embargo, se impuso la norma de mirar hacia otro lado, voltear la cabeza, hacer como que no se ve, imaginar que el terror no iba con nosotros, que ocurría en un universo alternativo. Para muchos fue consecuencia escapista del miedo en una época en la que se sintieron abandonados por líderes y Estado.

Ahora bien, no siempre fue una actitud inocente ni cabe justificarla como el mero afán defensivo de supervivencia. Hubo también un impulso político. Vino de quienes priorizaron construir su País Vasco reñegando a unos y desdeñando a otros: como Cristo entre dos ladrones, se dijo, pero callando a quién consideraban el buen ladrón.

Mirar hacia otro lado se convirtió así en un arte política. Un relato cabal de lo que sucedió incluiría las argucias argumentales que decían 'lucha armada' y no terroris-

mo, los repudios de la violencia 'venga de donde venga', dotándose del aura beatífica del que se ve por encima; la expresión indignada 'ETA no puede condicionar nuestra agenda', chocante viniendo de quienes confeccionaban su agenda para aprovechar los desgarros que generaba ETA; mirar hacia otro lado fue también difundir 'algo habrá hecho' y hablar de enfrentamiento civil solo cuando el terrorismo atacaba a nacionalistas.

Esta tercera vía fue la mayoritaria. Sentirse ajeno al terror que generaba ETA no siempre fue escapismo. Hubo quien lo rentabilizó, asentando en aquel marasmo nociones de identidad exclusivistas, y siempre alejadas del conflicto.

¿Para qué en un partido de fútbol los espectadores tendrían que guardar un minuto de silencio si han asesinado a un vasco o en nombre de los vascos? Mejor ni mentarlo, mejor que no haya líos, conviene mirar hacia otro lado. Todo aquello pasaba aquí, pero en la lejanía anímica: promover el arte de mirar sin ver exigió tener estómago, ganas de tragar y falta de escrúpulos. Desvergüenza.

Quienes impulsaron el volteo de cabezas estarán orgullosos de su gesta y hasta pensarán –erróneamente, pues el terror está en los cimientos del edificio– que lograron construir Euskadi al margen de la violencia. Su idealización de ese pasado se parece seguramente a la simplificación ideológica de Clemente, médium nacionalista, para quien los vascos son diferentes por historia, costumbre y respeto. ¿Tenemos una historia distinta, unas costumbres tan sui géneris que nos singularizan? Hace falta una especial sensibilidad para apreciarlo, aunque de ambas características se ha escrito mucho. No tanto del respeto. ¿Respetamos al prójimo, aunque no sea de los nuestros? ¿Respetamos al PNV que siempre es de los nuestros? ¿O va en el sentido de 'hombres de respeto' aplicado a los gerifaltes de la mafia? Se miró para otro lado porque eran hombres de respeto...

Qué intriga

F. L. CHIVITE

Hay gente que no soporta que le digan que no. Lo gracioso (o quizá, lo triste) es que esa gente que no soporta que le digan que no te dice a todo que no, Lutxo. Les dices una cosa y te dicen no. Les dices la contraria y te vuelven a decir que no. Les dices algo que acaban de decir ellos mismos y lo niegan. Te dicen que lo dices mal. Que no lo han dicho así. Que lo han dicho diferente. Haz la prueba y verás. Yo lo hago, a veces. Es di-

vertido. Pero hay que tener cuidado. A algunos les molesta porque sospechan que te estás riendo. Sin embargo, Lutxo, yo con estas cosas no me río porque veo que son burdos automatismos de la mente y eso me apena. Estamos diseñados para la confrontación, no sé si me explico, Lutxo, lo digo. Y me dice: No. No obstante, yo ya sabía que me iba a decir que no, claro. A mí, ahora ya, hasta me hace gracia. Que me digan que no, quiero decir. Que te di-



gan que no es maravilloso. Es una buena señal y un lenitivo para el alma. Cada vez que te dice que no alguien que, de antemano, ya sabías que te iba a decir que no sientes una especie de sonrisa en el estómago.

Ahora bien, si se inventara un aparato de última tecnología capaz de cuantificar el grado de nerviosismo y violencia que flota en la atmósfera de las sociedades contemporáneas (tal como pueden detectarse, por ejemplo, las moléculas de orina de rata que flotan en el aire), dicho aparato anunciaría que nos estamos aproximando a la zona de peligro. El mundo está en un momento que echa chispas por todos los lados. ¿Qué va a ser lo siguiente? No lo sabemos. Qué intriga. Trump le ha dicho a Putin que ataque a Europa, ¿no es maravilloso, por no decir espantoso?